

con detenimiento *Ortega y Gasset en La Nación*; al contrario, la prosa encendida y los datos que componen el paisaje intelectual de la Argentina de la primera mitad del siglo XX, nos impulsan a realizar otra evaluación del paso de Ortega por las planicies pampeanas. Las páginas del libro de Marta Campomar atesoran y defienden otra interpretación, quizás menos acartonada y académica, quizás más vehemente y vital, pero que, al cabo, no hace sino mostrar la conducta de un hombre atrapado en la encrucijada que dibujan el destino de la patria, su vocación de intervención social y el descubrimiento socrático de que en el servicio a la verdad, “los Otros” (la gente, la sociedad) pueden ser un puente o un abismo.

Debemos agradecer a la autora, pues, el esfuerzo y el logro de haber rescatado

el perfil de un Ortega próximo, preocupado por disciplinar la vitalidad americana sin sofocarla, dispuesto a iniciar un ensayo de existencia argentina, y capaz de entregar sus mejores intuiciones a las gentes de una de aquellas *Españas novísimas* tan sólo a cambio de un poco de atención. Por eso, la obra que nos presenta esta escritora argentina, profunda conocedora de Ortega (es actualmente vicepresidenta de la Fundación Ortega y Gasset de Argentina) descubre la filosofía *in fieri* —o debería decir, como le gustaba al filósofo, *in statu nascens*— de un pensador agudo, quien alguna vez declaró sobre sí mismo que “tal vez [...] no sea otra cosa que un periodista”⁶.

⁶ José ORTEGA Y GASSET, “Misión de la Universidad”, IV, 353.

IDEAS FINISECULARES

CEREZO GALÁN, Pedro: *El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX*. Madrid: Biblioteca Nueva-Universidad de Granada, 2003. 797 p.

JOSÉ LASAGA

ORCID: 0000-0001-8825-9874

En 1975 Pedro Cerezo, publicó un libro sobre Antonio Machado. Han pasado, pues, más de veinticinco años entre aquel estudio sobre el poeta de *Campos de Castilla* y esta obra, impresionante por su tamaño —casi ochocientas páginas de gran formato—, erudición y ambición expositiva. En el tiempo que media entre ambas Cerezo ha publicado,

además de innumerables artículos y algunos libros sobre otros temas de filosofía, dos monografías que guardan relación directa con los contenidos de esta obra, una sobre José Ortega y Gasset y otra sobre Miguel de Unamuno, a las que hay que añadir una notable contribución al volumen que la *Historia de España de Menéndez Pidal* dedicó a la cultura española del primer tercio del siglo XX. Parto de estos datos para señalar que estamos ante el trabajo de “toda una vida”, como se suele decir.

El asunto del libro está perfectamente delimitado por el título. Se trata de examinar la textura de ideas, situacio-

Cómo citar este artículo:

Lasaga, J. (2004). Ideas finiseculares. Reseña de “El mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX” de Pedro Cerezo Galán. *Revista de Estudios Orteguianos*, (8/9), 299-304.

<https://doi.org/10.63487/reo.694>



Este contenido se publica bajo licencia Creative Commons Reconocimiento - Licencia no comercial - Sin obra derivada. Licencia internacional CC BY-NC-ND 4.0

Revista de
Estudios Orteguianos
Nº 8/9. 2004
mayo y noviembre

nes, valores, actitudes, en fin, la trama cultural que vivió la España finisecular en el antepasado cambio de siglo. Es importante observar que aun cuando la generosidad de los análisis y la riqueza de informaciones que maneja el autor casi autorizaría a hablar de una historia cultural (o de ideas) de todo el primer tercio del siglo XX, pues las obras de muchos de los autores estudiados se prolongan durante todo ese periodo, Cerezo delimita con toda precisión el tema a tratar: el “mal del siglo”, la peculiar enfermedad que afectó a una generación de artistas, escritores y pensadores españoles, por primera vez en plena sintonía con la vida espiritual europea; y la coyuntura temporal que le corresponde podría fijarse en el intervalo de diez años, cinco arriba y cinco abajo respecto de 1900. Los escritores objeto de atención son, por tanto, los miembros de la generación finisecular, a la que otros, desde que Azorín publicara la expresión, tomada en préstamo a un joven Ortega y Gasset, llaman “Generación del 98”, expresión que Cerezo, por razones que explica en la introducción (“El rostro jánico del 98”), evita usar en el título del libro, cuya primera frase, mitad provocación, mitad invitación, es “¿Todavía el 98?” Así, los autores que Cerezo estudia y coloca en la nómina de la citada generación finisecular son Azorín, Baroja, Ganivet, Antonio Machado, Maeztu, Unamuno y Valle-Inclán (véase la primera sección de la bibliografía).

El autor obliga al lector a demorarse, demora necesaria, en los argumentos en torno a dos cuestiones previas: por qué no conviene seguir hablando de

“Generación del 98” y por qué el verdadero tema a investigar es el mal del siglo. Ambos asuntos están relacionados. La identidad del grupo generacional que irrumpe en la escena a finales del XIX depende de dos factores que siempre se han considerado incompatibles. O se subraya la herencia regeneracionista y española del 98 o se habla de las innovaciones estéticas y de la sintonía de sus autores más representativos con las corrientes “modernistas” europeas. Pero Cerezo plantea, a mi juicio acertadamente, que hay un substrato común a ambas orientaciones, a saber, lo que tienen de diálogo con y respuesta a la crisis de valores, ideas, normas y posiciones civilizatorias que se desencadena con el fin de siglo, como fruto maduro de los avatares intelectuales vividos por Europa desde el precario triunfo de la Ilustración y la inmediata oposición que supuso el Romanticismo, todo ello en un complejo contexto económico, social y político que obliga a tomar en consideración los efectos de la Revolución industrial, la incapacidad del sistema parlamentario burgués para absorber la cuestión social y darle cauce político, etc. Por tanto –y aquí reside la justificación del título del libro–, si no referimos la producción cultural española en el cambio de siglo a la citada crisis que caracteriza a toda la vida espiritual y social europea, ocurriría “inevitablemente el encubrimiento de la verdadera fisonomía espiritual de la presunta generación, al aislarla del contexto europeo de su tiempo”. Es aquí donde realmente convergen tanto las líneas de la preocupación regeneracionista de la tradición

española como las estéticas y metafísicas subyacentes a la nueva sensibilidad modernista europea.

El método que sigue Cerezo en su libro, las lecturas múltiples y entrecruzadas de las obras más representativas de los autores europeos y españoles de la generación finisecular revela su intención de mostrar que es un hecho consumado la plena integración en las corrientes de la modernidad europea de los autores de la generación finisecular española, que sus obras responden a un clima espiritual y a una sensibilidad idéntica a la de cualquier otro europeo de la misma generación sometido a un mismo “Espíritu de época”. Y si hay coincidencia en los temas y preocupaciones, también lo ha de haber en los maestros: Baudelaire, Schopenhauer y Nietzsche, los naturalistas franceses y los grandes novelistas rusos, especialmente Dostoievski, o los escritores vieneses que son los primeros en detectar y diagnosticar el “mal del siglo” (Hoffmansthal) por citar sólo unos pocos. Cerezo adelanta en un capítulo preliminar titulado precisamente “La crisis de fin de siglo” el núcleo ideológico, los postulados intelectuales cuya génesis y despliegue se van a dar a lo largo de sus dos partes, diez secciones y treinta capítulos. Y lo primero para el autor es establecer que no estamos ante un mero cambio de clima o sensibilidad generacional, sino ante un verdadero giro que da el *Zeitgeist* o espíritu de los tiempos. Hablamos de un acontecimiento epocal que va a condicionar la trayectoria cultural e histórica del siglo XX, con su amplia cola de desastres. Ese acontecimiento consiste en la emergen-

cia de una especie de estado de ánimo compartido por las cabezas mejor armadas de la intelectualidad europea que de pronto coinciden en que se han volatilizado las últimas certezas que sostenían a las clases cultas europeas. Cerezo cita ampliamente a Max Nordau uno de cuyos libros lleva el expresivo título *Degeneración*, libro muy leído en la España finisecular. (La primera alusión a Nietzsche que leyó Baroja fue precisamente en este libro). Se trata de que la civilización europea ha entrado en su tiempo de decadencia, con sus secuelas de pérdida de usos, creencias, valores y normas a las que antes se les atribuía vigencia universal. Todos leen a Schopenhauer y se impregnan de sus nociones pesimistas acerca de la irremediabilidad del dolor y la incapacidad de la razón frente a la voluntad que todo lo consume. Y tras él, Nietzsche y su anuncio acerca de la muerte de Dios.

Lo que ha conducido a este clima es el juego de neutralizaciones de las dos grandes creencias que dominaron la cultura europea desde la salida del Barroco, la Ilustración y el Romanticismo. Para Cerezo –y la tesis se adelanta ya en el título– el mal del siglo no es sino el fracaso de ambas concepciones de lo real, fracaso provocado por los éxitos sucesivos que tuvieron cada uno de los movimientos en criticar a su antecesor. Finalmente el positivismo, en lo que tiene de heredero de la Ilustración, sucumbirá a sus propias contradicciones internas. La moral de la ciencia, última propuesta cultural de gran calado, no podrá ocultar su incapacidad para proveer de principios morales o ilusiones vitales, valores fundados que poner en

lugar de los viejos que habían sido devastados por las sucesivas oleadas de espíritu crítico. Este es el argumento del drama –no sé si Cerezo preferiría el término “tragedia”– que nos cuenta este libro, o, para ser más exactos, su reflejo en la cultura española en una coyuntura especialmente rica por la coincidencia de grandes novelistas, ensayistas, filósofos y poetas que aceptaron el reto de pensar la crisis en todo su calado, por lo que no se quedaron en la crítica más superficial, en torno a las cuestiones sociales y políticas del día, sino que se replegaron hacia las profundidades del alma humana, de la historia, de lo real o del lenguaje y sus formas literarias, creando obras perdurables. No fueron sólo críticos o reformadores sino creadores.

Como ya se ha dicho, el libro está ordenado en dos partes. En la primera, articulada en seis secciones, se investigan las raíces del espíritu de época; se atiende por igual tanto a los componentes europeos como a los específicamente españoles. Menéndez Pelayo, Larra, Clarín o, sobre todo, el krausismo, al que Cerezo concede una gran importancia en la génesis de la ideología del fin de siglo, aunque menos como influencia positiva que como referente polémico, entrecruzan sus apariciones con las de Comte, William James, Stuart Mill, Renan, Bergson, y, claro está, como fuentes principales, Schopenhauer y Nietzsche, etc. Se presta atención, primero, a la dimensión política y social de la crisis –Cerezo reconstruye con todo cuidado la historia política y social de la Restauración, desde su raíces en los conflictos ideológicos y religiosos del XIX, hasta su pérdida de legitimidad y

posterior muerte a causa de la dictadura de 1923– para adentrarse después en el territorio de la crisis misma, el de las ideas. Siguen una serie de capítulos destinados a esclarecer las dimensiones intelectual, existencial y estética de la especie de “revolución” espiritual que se venía desencadenando desde las primeras obras de estos autores. Es de notar que Cerezo dedica toda una sección a analizar la crisis religiosa, de forma exenta, esto es, como algo separado de los procesos sociales y al margen de los cambios intelectuales, aunque es evidente que comparte elementos de unos y otros. Por tanto, la crisis se proyecta en el libro de Cerezo en cuatro planos o perspectivas: la histórica, la filosófica, la estética y la religiosa. La riqueza de los asuntos es tal que no hay espacio, en el limitado de una reseña, para trasladar al lector siquiera una impresión aproximada de los análisis que reciben los mismos. Desde la asimilación del escepticismo profundo que las lecturas de Schopenhauer despierta, pasando por la noticia que reciben de Alemania del hundimiento de las últimas convicciones metafísicas, vía Nietzsche, Feuerbach, Stirner o Kierkegaard (para Unamuno), hasta las reacciones estéticas al vacío existencial, las novelas intensamente autobiográficas de Unamuno, el primer Baroja o el Azorín de *La voluntad*, Cerezo describe con abundancia de datos y demora expositiva las trayectorias de la generación finisecular.

La segunda parte está dedicada a describir, a lo largo de las cuatro secciones restantes, el paradigma, consolidado por los hallazgos filosóficos, políticos y esté-

ticos, de la mencionada generación, de tal importancia que puede decirse que aun cuando varíe el clima moral y la sensibilidad de las generaciones posteriores, el horizonte de problemas e interrogantes en que se formularán todas las búsquedas e iniciativas teóricas y prácticas será el de la generación finisecular. De ahí que no carezca de interés el esfuerzo de síntesis que hace Cerezo en esta segunda parte para fijar el “horizonte cultural” que lo será de las tres generaciones que se solapan en el rico diálogo que fue la cultura española del primer tercio de siglo, a saber la generación objeto de estudio en este libro, la del Catorce y la del Veintisiete.

En la primera sección se presenta el que quizá sea el más profundo hallazgo de los autores del fin de siglo, una especie de nueva encarnación del yo. Más allá de la bancarrota del yo-espíritu hegeliano y de las reducciones practicadas por el positivismo más radical —el yo como un manojo de impresiones— se esfuerzan por hallar fórmulas de afirmación para una nueva subjetividad menos vinculada a la razón en sentido idealista y mucho más a la imaginación. Sin duda que la afirmación de lo individual es una de las señas de identidad de la época, sea en clave de búsquedas espirituales (Unamuno), de afirmaciones de una voluntad heroica (Baroja, Azorín) o en claves de introspección estética (Machado, Valle-Inclán). A pesar de las críticas feroces de Nietzsche al yo como prejuicio metafísico o del tratamiento que el naturalismo de inspiración positivista daba al yo como simple registro de las fuerzas sociales, los autores del fin de siglo consiguieron hacer

una literatura centrada en el yo, de ahí que Cerezo dedique un capítulo a tratar las “Variaciones del egotismo”.

En la sección segunda se analizan las decantaciones metafísicas de sus obras. La tesis de Cerezo se resume en una palabra: los finiseculares siguen siendo, a pesar de sus esfuerzos por no parecerlo, románticos prendidos en las categorías y las aporías que el gran Romanticismo ya vivió. Es verdad que ahora se presentan los temas como en sordina, carentes de la gran fe de que disfrutaron en el momento de su génesis, que estamos en cierto modo ante un “Romanticismo de los nervios”, en alusión a su proximidad al modernismo de las cenestesias. Cerezo habla de un idealismo estético y ético antes que gnoseológico. La conciencia clara de que no hay respuesta para la pregunta “para qué”, referida al destino de las vidas individuales o del universo en general, hace que las categorías metafísicas mejor auscultadas sean las relativas a la temporalidad de la vida humana y a una concepción no-realista de la misma, en la que unos recuperan (Unamuno, Machado) el viejo motivo barroco de la vida como sueño, otros el de la aventura, negación de la realidad por la voluntad que lucha y destruye (Baroja) y todos el de la ensoñación y la fantasía, de un mundo des-realizado por el continuo fluir del tiempo, sin una eternidad que lo circunde, lo limite, y, en consecuencia, lo niegue.

La tercera sección está dedicada a las posiciones políticas por las que se decantaron los autores finiseculares, pasados los hervores de la juventud: la crítica a una modernidad satisfecha de su poder técnico y de su reconfortante

confianza en el progreso; el redescubrimiento de España en su paisaje y en su herencia ética, reflejada por el esfuerzo que hace la mayoría por recuperar —recuperación no de afirmación mecánica, sino basada en el estudio y la reflexión— figuras del pasado cargadas de fuerza y energía ejemplarizantes: Don Quijote, Don Juan, Aviraneta, la serie de estudios de Azorín sobre los clásicos, etc.; finalmente, la afirmación del liberalismo en cualquiera de sus formas, desde las más conservadoras hasta las más opuestas a la corrección burguesa que encontramos en un Baroja. Es claro que en el horizonte político la generación finisecular se movió a partir de la percepción (y el miedo) de que las masas intervendrían en la cosa pública aplanando diferencias y amenazando la cultura. El déficit de democracia que constatamos en sus idearios debe ser pensado en el contexto de la percepción mencionada, como demagogia enemiga

de los derechos individuales. La última sección del libro está dedicada a las muy importantes innovaciones estéticas que todos aportaron. Termina con un magnífico estudio sobre los apócrifos machadianos.

Cerezo ha querido levantar una especie de libro-cordillera en la extensa planicie bibliográfica que hay en España, y fuera de ella, sobre el fin de siglo europeo y español. Me sirvo de la imagen del accidente geográfico no sólo por aludir a su tamaño, sino también por la vocación de “totalidad” en lo que respecta a la presentación de las obras, de los autores objeto de su investigación, de sus contextos y de las bibliografías que tratan casi todos los aspectos con ellos conectados. En la medida en que Cerezo ha alcanzado su objetivo, hay que decir que en lo sucesivo los estudiosos que se ocupen de la cultura fin de siglo tendrán necesariamente que tener presente *El mal del siglo*.

APOLOGÍA DEL ELITISMO

SÁNCHEZ CÁMARA, Ignacio: *De la rebelión a la degradación de las masas. Textos escogidos*. Barcelona: Ediciones Altera, 2003. 301 p.

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS
ORCID: 0000-0001-7045-5877

Madrileño de 1954, Ignacio Sánchez Cámara es catedrático de Filosofía del Derecho en la Universidad de La Coruña y habitual columnista del diario *ABC*. Además, es autor de varios libros, entre los que destaca *La teoría de la minoría selecta en el*

pensamiento de Ortega y Gasset, publicada en 1986, donde reivindicaba las ideas del filósofo madrileño para “un mejor entendimiento de la democracia”. Y es que la teoría de las elites implica una concepción de la democracia basada en la opinión pública; lo que conduce a una relación directa entre “la aristocracia social y la democracia política”, porque el proceso social de formación de la opinión pública es “esencialmente aristocrático”. En ese sentido, el fundamento de la democracia no es, ni debe

Cómo citar este artículo:

González Cuevas, P. C. (2004). Apología del elitismo. Reseña de “De la rebelión a la degradación de las masas” de Ignacio Sánchez Cámara. *Revista de Estudios Orteguianos*, (8/9), 304-309.
<https://doi.org/10.63487/reo.695>

